

Encrucijada europea tras Copenhague

ANTONIO CERRILLO

LA VANGUARDIA, 17.01.10

Cuando se le preguntó en 1950 al primer ministro chino Chu En Lai sobre el resultado de la Revolución Francesa de 1789, este contestó: "Es demasiado pronto para opinar". Ahora, el primer ministro chino se anticipó a alabar el resultado de Copenhague, mientras que la mayor parte de la opinión pública occidental ha hablado de fracaso sin paliativos, de acuerdos insuficiente. En cualquier caso, también la UE necesita un poco de perspectiva para valorar esa cumbre. Y eso es lo que han intentado hacer en Sevilla sus ministros de medio ambiente. Pero ya se pueden extraer algunas conclusiones.

1. Tras la conferencia de Copenhague, el proceso negociador para lograr un tratado mundial contra el calentamiento ya no será como antes. La cita danesa marca un antes y un después. Copenhague dinamita el esquema anterior, basado en la idea de que la ONU pilota un proceso para dar respuesta a la preocupación de los científicos y con el ánimo de alcanzar un acuerdo vinculante con el consenso mundial en el que participan proporcionalmente todos los países con amplia participación social y el impulso del motor europeo. Ya no será así. El papel preponderante en la lucha contra el cambio climático que tomaron los países industrializados hizo que este esquema fuera válido en 1997 para impulsar el protocolo de Kioto. Pero la aparición de nuevas potencias emergentes estos años, como China, India o Brasil, deja al descubierto la imposibilidad de repetir este esquema.

2. La irrupción activa de Estados Unidos y China en el proceso, con grados muy diferentes de implicación y sinceridad en su deseo de combatir el calentamiento (muy nítido en el primer caso, poco transparente en el segundo), difumina la esperanza de que se logre un acuerdo vinculante. A las nuevas potencias se les queda estrecho el traje de la ONU, cuyas normas exigen un consenso total (mientras que los países bolivarianos usan sus plenos para lanzar soflamas y culpar al capitalismo del cambio climático). Ahora se abre paso la idea de que habrá grados diferentes de compromiso y contribuciones flexibles en los planes nacionales de mitigación del cambio climático. En unos casos, limitaciones en términos absolutos de gases de efecto invernadero; en otros, reducciones respecto a la tendencia prevista; en otros, disminución de la intensidad energética... Eso abre muchas dudas. ¿Será posible constatar el cumplimiento de esas promesas? Por ahora, no hay total garantía de que se puedan verificar las acciones de los países en vías de desarrollo que no tengan ayuda económica de los industrializados.

3. Copenhague ha dado señales insuficientes a la industria sobre la necesidad de renovar y revalidar su apuesta por el ahorro, la eficiencia, las fuentes renovables o los mercados de carbono como armas clave para combatir el calentamiento. Y se han creado demasiadas incertidumbres sobre la oportunidad de invertir en tecnologías bajas en carbono. El verdadero termómetro para valorar Copenhague vendrá dado con los resultados de la nueva legislación de Estados Unidos sobre el clima, que relanzará la opción por las tecnologías energéticas más limpias made in USA.

4. Copenhague lanzó un importante acuerdo para ayudar a las naciones pobres a combatir el calentamiento (una contribución de los países industrializados de 30.000 millones de dólares los tres próximos años y una movilización conjunta para lograr los 100.000 millones de dólares ya en el año 2020). Pero las futuras rondas deberán concretar el modo de dar cuerpo a esas aportaciones.

5. El proceso para combatir el calentamiento se ralentiza al incorporarse EE. UU. y China, que imprimirán su ritmo deseado, para lanzar el ataque de la competitividad cuando estén preparados. Pero ¿qué debe hacer la UE? Un reciente estudio de la fundación Alternativas aboga por reforzar el papel de liderazgo de la UE. Numerosas voces reclaman incluso una apuesta decidida y unilateral europea para recortar los gases un 30% en el 2020 (respecto al 2010). Si la UE se arruga, perderá del todo su liderazgo. Y la carrera será ganada por el eje América-Asia. Recuperar este papel es el objetivo de la UE. Esa puede ser la contribución de la presidencia española (con permiso de los países comunitarios del Este). Francia y otros países de la UE están decididos a implantar impuestos contra el CO₂ (para penalizar los combustibles fósiles), y las empresas europeas más afectadas por Kioto exigirán con más intensidad un comercio ambientalmente justo o imponer tasas a los productos importados de las potencias emergentes, más competitivos por no llevar incorporado el precio de proteger el clima.